

OSCAR MIRO QUESADA

Por José Jiménez Borja

(Discurso pronunciado en el homenaje organizado por la Sociedad Peruana de Filosofía , el 15 de octubre de 1975).

Señores Presidentes de las instituciones sabias; señoras y señores:

Con íntima satisfacción traigo la palabra solidaria de la Academia Peruana de la Lengua a este homenaje de justicia a un altísimo intelectual y a un corazón paradigmático como es el de don Oscar Miró Quesada de la Guerra.

La institución que represento tiene en él a su cima temporal, pues no sólo es nuestro decano en edad sino el único sobreviviente de la generación con que don Ricardo Palma reconstituyó la Academia en 1917. En el memorable retrato de entonces, juvenil y tan espigado como hoy, aparece rodeando al venerable tradicionista junto con José de la Riva-Agüero, Javier Prado, José Gálvez, Juan Bautista de Lavallo, Víctor Andrés Belaúnde, José María de la Jara y Ureta y otros que ya eran correspondientes. Luego de la declinación de los años veinte, por muerte de Palma y del nuevo Director Javier Prado así como por los acontecimientos políticos, se produce el resurgimiento de 1934

bajo la Dirección de José de la Riva-Agüero y la Secretaría de don Oscar. De sus manos recibí ésta en 1942 y la he conservado tratando de seguir el trazo que tan elevadamente supo imprimirle. Desde entonces conforma la Junta Directiva con el cargo de Censor o Fiscal, aunque su *censura* es sólo con el ejemplo de su devoción a la entidad y de su trabajo copioso y exacto, como de colmena mental, a que nos tiene acostumbrados.

Su tarea es en efecto imponente y fina por la vastedad de los temas tratados y la delicadeza con que recorta sus ideas. La vastedad, vuelo inquieto del pensamiento por el panorama multicolor del universo, penetración en el microcosmos de las células y los átomos, así como en la infinitud de las galaxias, en los abismos del alma humana o en los arcanos del ser, no es incompatible con la profundidad. El saber muchas y diversas cosas puede ser también el caso de saberlas raigalmente. Aquella pequeña minoría de hombres del Renacimiento que transformaron el mundo, dominaban una multiplicidad de temas con originalidad en cada uno de ellos. La imagen del *uomo universale* que tuvieron como ideal era el hombre apto para todo y sabedor de todo, "el virtuoso en todos los terrenos" que culmina en la fabulosa versatilidad de Leonardo. Hombre de este tiempo en que han surgido los especialistas con agotamiento del asunto —aunque con frecuencia sólo miran por una rendija— Miró Quesada no prescinde de éstos y recoge selectivamente sus conclusiones para darles el sello de su personalidad meditativa y unitaria que reversa al centro humano las pulsaciones más distantes del conocimiento. Varios de sus libros, junto a esta actualidad inquieta que lo caracteriza, son tratados completos de un sector de la sabiduría y han servido y sirven para conocer una disciplina tanto en su hondura prístina como en su plena organización moderna.

Pero don Oscar no es solamente la amplitud temática y la penetración del horizonte cultural contemporáneo. Es

un eximio hombre de letras y un maestro de multitudes. Escribe con la elegancia de la claridad y de la nitidez. Es claro, con el poder de la luz en cuyas linfas sólo puede emerger lo substancial, lo firme y recortado, como en el mediodía de Atenas emerge el Partenón. Esta *clarté*, de indudable ascendencia francesa y más exactamente cartesiana, se origina en un mecanismo de vasos comunicantes entre forma y pensamiento, entre las palabras y las ideas justas, y corresponde a la armonía de los planos del hablar y del pensar. Habla o escribe bien el que piensa bien. La claridad es primero interior, se deriva de una disciplina mental rigurosa a la vez que natural, agilidad silogística y fascinante a la que necesariamente se añade la limpieza, el barrido de todas las ideas parásitas que oscurecen los ejes fundamentales de la especulación.

Pero esta aproximación a su estilo sería incompleta si no resaltásemos su carácter didáctico. En todo momento, desde su juventud en que introdujo entre nosotros la extensión universitaria, ha sido un maestro. Gran maestro de aula en primer término, y yo puedo decirlo porque fui su alumno de Criminología en San Marcos en 1925, era esencialmente comunicativo, ligero, sorprendente. Desarrollaba el plan de la clase sin solemnidad, casi siempre de pie y caminando, en diálogo con los alumnos, cuyo interés suscitaba al asomarlos a aquel abismático deterioro del alma humana, además de sus vivaces explicaciones, mediante trabajos prácticos en las cárceles, experimentos de psicología con aparatos novísimos, sondajes mentales y un hilo invisible que daba unidad a tan sonriente dispersión de elementos. Pues estoy haciendo memoria de un maestro mío en la Facultad de Jurisprudencia y yo tenía la indecisión entre el Derecho y las Letras, me repartía angustiosamente entre ambas Facultades y por eso menciono con igual gratitud y admiración a otro gran maestro, su hermano don Luis Miró Quesada, cuyas clases de Pedagogía General

atendía en el claustro contiguo. Don Luis tenía corte más académico en su cátedra, pero análoga sensibilidad para las corrientes modernas del saber, acicate en las transformaciones y horizontes generosos que abrieron muchas vías para nuestra evolución educativa. Dos vidas, dos maneras, un mismo ideal: la grandeza cultural de nuestra patria.

En don Oscar Miró Quesada, sobre el sistema de docencia circunscrita primó el sistema de la docencia abierta o sea el periodismo que había ejercido magistralmente desde sus años juveniles. Al periodismo trajo aquellas virtudes del profesor sencillo y raudo, con su mensaje de secretos que se exhuman a la transparencia cenital, despertando el mismo placer de poseerlos que sentíamos sus alumnos en el ambiente limitado del aula. Por sobre todo puso su don de comunicación afable, que encanta porque se presente libre, animado por un corazón esencialmente bueno y no conjurado con ningún plan de acarreo cerebral. Por eso no hay nada inflamado ni hostil, ningún lema que se reitera hasta la extenuación, y esa quietud de su estilo se corresponde con la quietud de su vida en cuya historia no hay carteras ministeriales, ni diputaciones, ni embajadas, sino simplemente ciencia y mano abierta para todas las contingencias humanas.

Si existiese en realidad aquella isla de las bienaventuranzas, en ella lo encontraríamos siguiendo eternamente las huellas de la verdad para musitarla al oído de los hombres.